

EL PORVENIR DEL OBRERO

El hambre en Andalucía

Continúan los diarios publicando noticias que causan espanto.

En comarcas enteras los trabajadores no tienen qué comer, en absoluto. Los hombres pasean las calles y recorren los campos, como *esqueletos frescos*, según gráfica y terrible expresión de un periodista, buscando pan, pidiendo trabajo con que ganarlo. Las mujeres, demacradas, macilentas, sufren la horrible angustia de ver morir á sus pequeños con la boca seca, porque en los pechos escualidos no queda ya una gota de leche.

A todo esto los gobernantes, los sostenedores del régimen que estos males produce, envían tropas y guardias civiles á las comarcas más castigadas por el hambre, tratando á los hambrientos como criminales peligrosos... Y no lo son, por su desdicha. ¿El gobierno se equivoca, por desgracia!... Esos hambrientos andaluces ignoran, en su inmensa mayoría, que tienen derecho á vivir, derecho á gozar de los frutos de la tierra y de los productos de su trabajo, ¡y mueren de hambre porque no saben hacer efectivo este derecho!

Dentro del régimen burgués, el hambre de los obreros es una cosa muy natural, es una consecuencia lógica del régimen mismo. El amo, el propietario, el patrono, emplea operarios cuando los ha menester para su negocio; luego, cuando no los necesita, cuando no le conviene seguir pagándoles un jornal, los echa á la calle y que se arreglen como puedan. Esto pasa todos los días en todas partes y nadie se conmueve.

Cuando una pertinaz sequía, ó una crisis industrial, ocasiona el paro de muchos miles de obreros y la situación se prolonga y llegan á producirse disturbios, entonces los gobernantes y todos los burgueses comienzan á preocuparse y buscan remedios, no al hambre precisamente, sino á los disturbios que el hambre ocasiona. Es por esto que se envían tropas y guardia civil, en vez de enviar comestibles en abundancia.

Pero aunque quisieran: ¿qué remedio podrían aplicar los gobernantes? No hay remedio posible dentro del régimen burgués. Cada propietario, cada hombre que posee algo, cree que es suyo, completamente suyo, aquello que posee, y no quiere sacrificarlo á los otros, aunque lo necesiten para vivir, aunque por faltarles se mueran. Y todo tiene dueño en nuestra sociedad: las tierras, las minas, las máquinas, todos los productos naturales ó elaborados; todo está en manos de unos pocos, los capitalistas, que tienen según la ley todos los derechos, mientras que el trabajador, el que sólo posee sus brazos y su habilidad para el trabajo, ningún derecho tiene.

Los mismos burgueses que se sienten afligidos cuando en sus diarios leen los horrores que causa el hambre en Andalucía ¿qué hacen para remediar estos horrores? Mejor dicho, ¿qué pueden hacer?

No hay remedio dentro del régimen actual; no puede haberlo. Es imposible que los poseedores legales de todas las cosas sacrifiquen lo suyo, lo que consideran completamente suyo, á aliviar las desdichas ajenas. Es humanamente imposible. La caridad cristiana, que suele presentarse como una panacea, bien demostrado está por la experiencia de los siglos que, cuando no es una indecente hipocresía, sirve apenas para remediar alguna desgracia individual, pero socialmente no tiene más alcance que fomentar la mendicidad y sostener el reinado de la injusticia. De la caridad laica que se ha dado en llamar *filantropía*, no hablemos. Es una parodia de la otra y un pretexto para festivales, bailes y mascaradas.

Pero aunque ambas se ejercitasen de buena fé por algunos hombres de sentimientos honrados ¿qué se conseguiría? Es imposible llevar limosnas suficientes para muchos miles de familias durante muchos meses, hasta que llegue una mejor cosecha ó hasta que se reconstituya una industria arruinada. Sería imposible aunque quisieran muchos, aunque se empeñaran todos.

Sin embargo, existen por todas partes productos almacenados en cantidades fabulosas y hay facilidades para producir muchísimo más.—Es cierto, pero el poseedor de los productos almacenados no quiere arruinarse para que coman los obreros andaluces, no puede quererlo dentro de nuestra sociedad, ni menos pueden establecerse industrias ni roturarse campos sin probabilidades de negocios.

Para eso no basta la buena voluntad, porque por encima de la voluntad de cada uno están las leyes económicas que dentro de un sistema determinado son tan ineludibles como todas las leyes naturales. El capitalismo que tenemos establecido, necesariamente ha de producir la riqueza excesiva de unos cuantos y la pobreza en los demás, la pobreza llevada hasta la miseria y hasta la muerte por el hambre.

El remedio está en la solidaridad; pero la solidaridad requiere un sistema propio de producción y consumo. Así como el capitalismo es la consecuencia natural de la lucha de intereses de unos hombres contra otros, así también la solidaridad tendrá que ser consecuencia de un régimen de armonía, en que todos contribuyan á la producción según sus aptitudes y tengan derecho al consumo según sus necesidades.

Hoy es en las regiones agrícolas de Andalucía donde el capitalismo da sus naturales

frutos en gran escala; mañana será en una región industrial cualquiera. Cuando sobrevienen estas crisis la opinión se conmueve un momento, pero el mal no se remedia, porque la causa del mal está en la organización misma de la sociedad burguesa.

Mientras no se haya destruído esta causa el hambre perdurará, con escándalo cada vez que presente caracteres agudos y afecte á muchos, y en medio de la mayor indiferencia, como un mal crónico, mientras se cebe en individuos aislados, como sucede siempre y en todas partes.

¡Ojalá no se equivocara el gobierno cuando cree que hay necesidad de movilizar las tropas y echar la guardia civil contra los hambrientos! Si estos fuesen tan peligrosos como suponen los gobernantes el hambre estaría en peligro de acabar para siempre muy pronto.

Negaciones del Estado

(CONTINUACIÓN)

IV

El organismo que impugnamos es generador de miseria, corruptor de conciencias, obstáculo de sí mismo, reglamentador absurdo de los servicios públicos, enemigo directo del desenvolvimiento público y privado y factor perpetuo de contradicciones y farsas.

Sabido es que en España, como en otras naciones de Europa, existen grandes extensiones de terrenos incultos pertenecientes al Estado, como señor y dueño de la nación. Hay comarcas extensas con valles de prolífica fertilidad que, como Sierra Morena y otras, podrían contener muchos millones de seres humanos, ricos y felices, viviendo la existencia de la civilización y la libertad. Además, en nuestra península casi todos los municipios de las regiones montañosas, y hasta los de las áridas llanuras manchegas y castellanas, poseen territorios en que el trabajo libre, ayudado de necesarias obras públicas, podría producir tesoros suficientes para alimentar ciudades populosas y en los que apenas si vegetan unos cuantos cientos de habitantes, debatiéndose constantemente con la miseria y la ignorancia.

Entre las gentes aficionadas al régimen imperante abundan los que creen que la causa única del atraso agrícola está en la falta de capitalistas y hábiles especuladores que exploten las riquezas del suelo; desde su punto de vista algo habrá en ello de cierto, pero en realidad el obstáculo primordial radica en el órgano director del país.

Con frecuencia hemos visto hombres fuertes que, poseyendo un azadón y buenas disposiciones para el trabajo, se ven forzados á la inactividad, y por consecuencia á priva-

ciones que aceleran existencias robustas, porque durante largas temporadas del año no les conviene ocupar aquellos brazos y su modesta herramienta á los que poseen la propiedad de la tierra.

Hace como unos quince años, tuvimos ocasión de recorrer, casi en toda su extensión, una de las provincias montañosas de Castilla la Nueva. Aquello era monótono y triste hasta provocar la melancolía más sentida. Después de una aldea negra de humo y de miseria, surgía en cualquier parte, como arrojado al azar sobre nuestro camino, un villorrio de aspecto miserable, habitado por gentes hurañas, rudas y malolientes.

Sin embargo, el país era hermoso; por todas partes se oía el ruido argentino de saltos de agua, el susurro encantador de arroyuelos cristalinos. La vegetación, exuberante como en las más privilegiadas comarcas del globo, daba á las faldas de los montes y á las profundidades de los barrancos ese tono de verde oscuro en el que se confunden los abismos del océano y la flora rica y lozana, como para delatar en un simple efecto de color la causa común de un elemento primitivo. ¿Por qué eran pobres las gentes que habitaban tan ricos parages? ¿Por qué eran ignorantes los pobladores de tan hermosas comarcas? ¿Por qué estaban siempre tristes los moradores de una región donde la naturaleza había prodigado sus encantos y bellezas? Las tristes y confusas divagaciones en que se sumergía mi cerebro de adolescente, sólo tuvieron explicación clara cuando, años después, los azares de la vida me llevaron á formar parte de las miserables tribus de la desembocadura del Tafnah.

Hacia muchos años que la guerra, propiamente dicha, no había profanado aquellos lugares, y no obstante la distancia de la grosera soldadesca, la destrucción de existencias era una honrada ocupación. Los hombres, con ese furor asesino que les es peculiar, atacaban á los pinos seculares que caían produciendo quejidos de protesta, describiendo en el aire sus altas cimas algo así como la bizarra parábola del águila abatida por el arma del cazador sin entrañas.

Yo sentía un profundo malestar ante aquella espantosa destrucción, y como me hallaba al servicio del buen señor que ordenaba aquellos horrores, me creía culpable de un vergonzoso delito, contra el que protesté torpemente, abandonando en rebeldía aquel lugar de destrucción. ¡Cuántas veces después, pervertido ya por el contacto de otros hombres, me he reído de puerilidades análogas!

Sin embargo, satisfice mi conciencia intranquila.

El día mismo de mi partida, casi en forma agresiva, sintiendo una confusa necesidad de desahogo, pregunté á un hombre que exhalando sudor y suspiros descargaba hachazos sobre el tronco magestuoso de un gigantesco pino: ¿Por qué hace V. eso? Ni me comprendió, ni se hubiera atrevido á contestarme. Para él era yo un ser extraño que hacía cosas raras midiendo y anotando con misteriosos garabatos en mi libreta todas aquellas operaciones. Pero yo me expliqué como pude, hice reproches que le hirieron, y por fin se atrevió á contestarme... Yo gano siete reales desde que ustedes com-

praron esta pinada y con ellos comemos pan en casa.

—Ya lo sé, buen amigo; ¿pero por qué no emplea V. el mismo esfuerzo removiendo las entrañas de la tierra, sembrando en ella cereales y plantando árboles útiles que reemplacen á los pinos y le den frutos sabrosos y abundantes?

—Yo, señor, soy pobre, y si no gano jornal no puedo comer.

—Usted exagera, mi buen amigo. Cada año pasará V. una buena temporada sin jornal, y sin embargo no se ha muerto aun. Habrá tenido crédito suficiente para vivir á expensas del trabajo ulterior. ¿Por qué, pues, no aprovecha ese pobre crédito para unirse con sus paisanos, sus hermanos ó sus hijos, y «rozan» un pedazo de tierra allá á orillas del arroyo, en la solana ó en la umbría, ó en aquella ladera de dulce pendiente? Esa tierra es muy buena y no les sería ingrata; en cambio del trabajo les devolvería doradas mieses, reventando á causa de sus exuberantes granos en sazón, con los que amasaría ese pan bendito de la familia. Y ese pan, siempre sagrado, ¿cuánto más no lo sería procedente de su sudor fecundante que no de ese que V. derrama destruyendo por siete reales?

El buen Juan me miró con aire pensativo. Yo estaba emocionado y noté que también él lo estaba. Tampoco el infeliz campesino era partidario de destruir aquellos amigos, que sombreando el sendero de la aldea habían visto nacer muchas generaciones de sus ascendientes. El los conocía casi todos. De niño, mientras su pequeño rebaño apacentaba, había trepado á muchos de ellos y bajo su sombra deliciosa había pasado las mejores horas de su infantil existencia,

Mientras hablaba había intentado erguirse, pero le fué imposible; quedóse curvado como medio arco gótico de viviente ruina, y apoyando su diestra sobre el hacha en forma de bastón asido por la contera, me añadió con acento de extrañeza:—Pero V. debe saber que esas tierras no se pueden sacar porque son del gobierno...

Era verdad; pertenecían al Estado. Yo era demasiado joven para saber esas cosas...

De modo que al campesino que posee un azadón le está vedado esgrimirlo para crearse un poco de desahogo en las vicisitudes de su existencia; le está prohibido trabajar para embellecer su vida con un poco más de pan, no puede contribuir espontáneamente al engrandecimiento de la civilización ensanchando su dominio sobre la naturaleza. El pastor no podrá apacentar su rebaño sin pagar el tributo de «yerbas»; al leñador no le será permitido penetrar en el bosque y lo habrá de hacer furtivamente, si quiere provisionarse de leña para el invierno...

Es verdad que los municipios ricos, dueños de los montes, no siempre extreman el cumplimiento de la ley; pero ello es eventual y transitorio, y no puede ser argumento contra nuestras razones lo que es sólo fortuito ó accidental, por el hecho elocuente de que la libertad de los hombres no debe reposar sobre cimientos tan inestables como son los lenitivos de pasagera tolerancia.

Lo cierto, lo innegable, es que el Estado, declarando de su exclusivo dominio todo lo

que no es legalmente propiedad individual, tiene derecho indiscutible sobre la tierra, sobre los prados, las fuentes, los ríos, el valle, la ladera, el monte y la sierra, lo mismo que el rey absoluto y el señor de horca y cuchillo,

Dicen que con ello va inherente el deber de conservar los bosques, de explotarlos sabiamente en beneficio del Tesoro, de los municipios y ciudadanos, y con lo cual, añade el sabio á sueldo del Estado, se regularizan los fenómenos meteorológicos. También tiene el deber de construir pantanos, caminos y puertos; pero por desgracia todo eso no pasan de ser deberes muy lenta y defectuosamente reconocidos.

ANTONIO L. RODRIGO

(Continuará.)

A los soldados de todos los países

Uno de estos días tuve ocasión de hablar con un oficial polaco, un capitán, que vuelve herido de la Mandchuria, y, de esa guerra vergonzosa y atrozmente inútil, me ha hecho relaciones que causan vértigo, porque son tales que la imaginación más desenfrenada no puede concebir nada semejante, ni siquiera bajo el dominio del más terrible y angustioso sueño. Por excepcionalmente espantoso que nos hayan parecido ciertos episodios transmitidos por corresponsales de periódicos, todos juntos no alcanzan al horror que inspira uno solo, el que, por no poder referir todos, escojo entre muchos iguales ó más horrorosos... Dedico esta relación á los soldados de todos los países, y dejo la palabra al capitán polaco, quien les sugerirá la idea de preguntarse si por fin no están ya hartos de matar y morir.

—«Era la noche siguiente á una acción desgraciada, como siempre... estábamos en el campo, tristes, con el corazón oprimido, con los cuerpos agotados. Sin víveres, sin ambulancia, sin leña que quemar... ¡nada! Un frío de veinticinco grados nos exfoliaba la piel y acarrea sangre helada en nuestras venas... Permanecer inmóvil, dormirse, era la muerte. ¡Muchos murieron, en efecto, aquella noche! Representaos, si podéis, esto: un montón de diez mil hombres, silenciosos, de quienes sólo se percibía el rumor del movimiento de los pies sobre la tierra helada, pero ni una voz, ni un soplo... Unos rezagados que llegaron, dijeron que á su paso por la llanura, á la derecha, habían oído gritos, quejas y ayes de dolor... ¡los heridos, los pobres heridos perdidos en el desconsuelo y en las tinieblas de la noche! Habían topado con algunos, pero no teniendo con qué conducirlos, los habían abandonado, pensando: ¿Para qué? Yo exclamé:—«¡Es preciso recoger los heridos; no podemos dejarlos morir así!... ¿Quién viene conmigo?» Nadie respondió... Me dirigí al coronel; me volvió la espalda... Al general; ni me escuchó siquiera... Un cirujano de alta graduación me respondió:—«¿Dónde los pondremos? no tenemos camillas, ni farmacia, ni instrumentos... nada... ¡Que mueran como puedan!» Ni una palabra de justicia, ni de piedad, ni siquiera de miedo... sólo indiferencia, pero esa indiferencia brutal del más repugnante egoísmo, que es tanto más brutal y repugnante porque se manifiesta en el hombre, en el ser capaz de las más sublimes concepciones. Y todo porque así es la guerra, porque así degenera al hombre, y porque todos aquellos infelices, jefes y simples fusileros, tenían la convicción íntima de que mañana les tocaría á ellos. Sin embargo, á fuerza de buscar, logré descubrir algunas malas angarillas, y á fuerza de remover aquellas masas inertes, aquellos seres humanos transformados en guerreros, pude arrancar de tal degradación

á un centenar. Partimos... la noche era negra... encendimos antorchas, pero después de haber andado una hora, los gritos de los heridos nos guiaron mejor que nuestro lúgubre alumbrado. A cada paso tropezábamos con montones de cadáveres de hombres y animales... De pronto me sentí detenido, inmovilizado, pegado al suelo... Dos manos, como dos tenazas, me oprimían los tobillos, se me aferraban é incrustaban en las piernas, en tanto que una boca mordía el cuero de mis botas á plena dentellada, esforzándose por desgarrarla gruñendo como fiera rabiosa... A mis gritos acudieron unos soldados, y vimos un herido con las dos piernas cortadas, que se retorció á mis pies en un estado que parecía una larva humana. No pudiendo hacerle soltar la presa, le remataron á patadas y á culatazos en el cráneo... Viví entonces y allí un minuto de espanto imposible de expresar.»

El narrador se puso más pálido, sus pupilas se dilataron bajo una impresión de horror y con voz temblorosa prosiguió:

«Tenía el corazón desfallecido, el cerebro trastornado por todas las sacudidas del delirio. Queriendo escapar á las otras visiones de la noche, pude aún reunir mis hombres, y pensaba, oyendo los gritos que resonaban esparcidos en la llanura: «¡Que mueran! ¡sí; mueran todos!» Y me disponía á volver al campo, cuando de repente llegaron de la derecha clamores, alaridos, algo más rabioso y salvaje que las quejas ya oídas... á pesar mío, puede decirse, me dirigí á aquel sitio, y bruscamente, surgiendo de la sombra, alumbrados por las antorchas, ví—no era ilusión de la fiebre, no era visión de opresora pesadilla—ví diez, ciento, doscientos hombres en cueros vivos que saltaban, gritaban y gesticulaban... A veinticinco grados de frío, aquellos cuerpos desnudos mostraban rostros sangrientos, pechos agujereados, heridas rojas, largas cuchilladas cerradas por negros cuajarones... unos se arrastraban ó intentaban saltos sobre muñones sanguinolentos, algunos estaban armados de sables y revólvers, que blandían dando gritos, y á nosotros, que íbamos en su socorro no reconociéndonos gritaban:—«¡No os acerquéis!» «¡No os acerquéis!» Estaban locos.»

Después de una pausa continuó:

«Sonaron algunos tiros... cayó uno de nuestros hombres; ¿qué habíamos de hacer? Retrocedí. Durante algunos horas permanecí con mi escolta á alguna distancia de aquel grupo de condenados... Sus clamores se exaltaron más todavía; después disminuyeron poco á poco... cesaron. Decaída la excitación de su locura, les dominó el frío; al amanecer estaban muertos... al amanecer todos los heridos de la llanura estaban muertos!»

Nueva pausa y añadió:

«Al día siguiente me tocó ser herido... una bala me abrió la articulación del hombro derecho... No sé como no morí, ni sé si curaré... Voy hacia el Mediodía, donde tengo familia. Desde que he visto eso no tengo interés en vivir, porque mi vida es horrible.»

«Imposible, de día ni de noche, alejar de mí la espantosa, la mortificante visión... siempre... siempre... aquel tronco humano que me muerde las piernas! ¡Y siempre aquellos locos... aquellos pobres locos desnudos y sangrientos en la noche glacial! No podéis comprenderme... Hasta me pregunto si me volveré loco también!... Si lo soy ya!... ¡Cuánto hubiera preferido morir allá!...»

Y mientras que en las calles de Petersburgo, de Moscou, de Vilna, de Lodz, de Batum y en todas las ciudades rebeladas de su vasto imperio, el czar hace matar sus súbditos por sus soldados, he ahí lo que hace de sus soldados en la Mandchuria.

OCTAVIO MIRBEAU

El mejor medio de hacer bien á los pobres no consiste en hacer cómoda su pobreza, sino en que dejen de ser pobres; no en darles limosna, sino en hacer que puedan vivir sin recibirla.

De Cuaresma

La abstinencia, hija mía, es hija predilecta de la filosofía... No hay ciencia como la que enseña á permanecer en beatífica tranquilidad en ayunas cuando no se tiene un céntimo... Amar á Dios omnipotente y bueno y nutrir el alma de creencias santas es el colmo de la perfección... ¡Despacha, Margarita; trae la sopa, que esta tarde he de predicar la abstinencia!

Hay que contentarse con poco; es necesario mostrarse humilde y austero, considerando que un mendrugo bendecido por el Dios de cielo y tierra, que nació en un pesebre y murió en una cruz, basta para el cuerpo y mantiene el alma en santa inocencia... El pollo, Margarita, que esta tarde he de predicar la abstinencia. La vid es un don supérfluo que la misericordia de Dios concedió al hombre; pero no hay que olvidar que si una manzana bastó para el pecado, un poco de agua basta para la virtud, recordando, además, que el vino es el veneno de la inteligencia... Margarita, tráeme la botella de Burdeos, que esta tarde he de predicar la abstinencia.

Si Dios nos concede el pan de cada día y aun tolera á veces el vino en nuestra mesa, las hermosas y sabrosas frutas que incitan á la gula y al lujo, destructor de la piedad y de las creencias y nos entregan al demonio de la soberbia... Vamos, Margarita, sírveme los postres, que esta tarde he de predicar la abstinencia.

No hay virtud cuando se disfruta de todo lo agradable; porque el cielo se gana con el sufrimiento y la privación, siguiendo el camino que nos trazaron los mártires y los héroes de la humildad y de la penitencia... Margarita, el café y un habano, que esta tarde he de predicar la abstinencia.

Es necesario limitar los deseos... Dios permite el amor, aunque reprueba la voluptuosidad... Los amores tienen también su cuaresma sin embargo, es lícito amar con prudencia... Margarita hermosa, siéntate aquí, dame un beso, que esta tarde predico la abstinencia.

J. B. CLÉMENT

Carta de América

Compañeros de EL PORVENIR DEL OBRERO
Salud.

Estamos en plena autocracia; la República Argentina no se diferencia de la Rusia.

Tomando pretexto de una revolución política, en que nada tuvieron que ver los elementos obreros, porque no fué otra cosa que un episodio de la lucha entre los partidos políticos que dominan esta República, una consecuencia de la rivalidad entre el expresidente Roca y el presidente actual Quintana; aprovechando el estado de sitio en que se ha colocado al país por causa de la revolución, los gobernantes quieren matar para siempre el movimiento obrero energético y luchador, para lo cual no reparan en medios.

Centenares de domicilios obreros han sido allanados y saqueados despóticamente por los esbirros del poder. Los *deptómanos* burgueses gozarán satisfechos de su obra, habiendo puesto en práctica, con esa habilidad rastrea que les es tan característica, todos los recursos que las infames leyes de coerción ponen á su alcance, arrollando sin consideración de ninguna especie todos los obstáculos que se oponían á su obra de explotación y ruína.

¡Sí! La guerra abierta, sin cuartel, está declarada en este país de mentidas libertades y de aristocráticos *gauchos*; el estado de sitio decretado por noventa días funciona con todo rigor, empleándose todos los procedimientos de la Edad Media y flagelando con el látigo infame las espaldas del pueblo laborioso y mártir.

Infinidad de obreros han sido ya deportados, dejando á sus familias sumidas en el más profundo dolor. La miseria invade los hogares; los niños piden pan y no hay pan para ellos; la mujer abandonada llora á su compañero deportado ó encarcelado; en fin, unos encerrados en calabozos inmundos, otros transportados á las frías regiones australes donde marca el termómetro bajísimas temperaturas; todos sufriendo estóicamente los rigores incomparables del despotismo argentino.

Compañeros: á los anarquistas toca obrar en estos casos. El guante está recogido por nosotros y sólo falta el «arreglo de cuentas». El Presidente de la República y el Consejo de Ministros son responsables de estos actos de vandalismo y de terror, y no escarmantarán hasta que reciban el merecido castigo.

ALÍ-MANZÚR

Rosario, Marzo de 1905.

Enseñanzas antialcohólicas

El alcohol y el estómago

El primer contacto del alcohol con la boca, la lengua y la garganta es doloroso. Si es un niño el que bebe, su figura se contrae y se arruga. Es que el alcohol tiene un sabor *quemante* que debiera advertir al bebedor que la substancia consumida es peligrosa. En efecto, el sentido del gusto es una especie de portero del tubo digestivo.

Llegado al estómago, el alcohol prosigue su acción irritante. La pared interior se congestiona y acude allí la sangre en abundancia. El jugo gástrico, líquido fabricado por el estómago para ayudar á la digestión no tiene ya la misma composición y, en consecuencia, no presta los mismos servicios. Si se mantiene esta irritación por nuevas dosis de alcohol, la pared interior ó mucosa llega á ser el punto de una inflamación crónica que la deteriora, y vuelve difícil su funcionamiento.

Las digestiones son entonces lentas, penosas, dolorosas. Se eructa á menudo; sobrevienen vómitos, sobre todo por las mañanas.

Lo más grave es que el enfermo, *para ayudar á la digestión* toma de día en día un poco más de alcohol, ó alcohol más concentrado, es decir más venenoso. En este momento, el alcohólico sufre una gastritis ó inflamación del estómago.

Algunas veces esta inflamación ulcera ó hiere profundamente el estómago. Es la gastritis ulcerosa, poco menos que incurable, que hace morir al enfermo en medio de espantosos dolores, acompañados de vómitos de sangre.

El alcohol y el hígado

El hígado es una gruesa glándula roja, cuyas funciones son muy importantes. Segrega la bilis, líquido verdoso-amarillento.

La sangre lleva al hígado el alcohol de que está cargada, perturbando la acción de este órgano, el cual se congestiona, se inflama; unas veces aumenta de volumen y se carga de grasa, al paso que otras, al contrario, se enchiquece, se endurece, se arruga: es la cirrosis de los bebedores.

Es muy de notar que el individuo que sufre de cirrosis soporta bien por lo regular los alcoholes. No hay peor alcohólico que aquel que no se achispa nunca. que aquel que se intoxica á pequeñas dosis.

El alcohol y los riñones

No existe alcohólico que tenga el hígado en buen estado.

Los dos órganos llamados riñones son comparables á un tamiz ó á un filtro. Purifican la sangre. Pero bajo la acción del alcohol, se inflaman y se congestionan como el hígado: después se cargan de grasa ó se atrofian, según el caso.

Dinamita burguesa

En Madrid se ha hundido el nuevo depósito, en construcción de aguas del Lozoya, ocasionando numerosas víctimas.

Dicen los periódicos que llegan á ochenta los muertos y pasan de cien los heridos.

Afortunadamente los coches eran de tercera. Es decir, las víctimas del atentado han sido trabajadores.

Ochenta muertos y cien heridos representan un crimen muy grande; pero desde luego podemos augurar que quedará impune, por varias razones:

Primera, porque, como hemos dicho, las víctimas han sido trabajadores.

Segunda, porque los causantes, contratisas, ingenieros, inspectores, etc., son personas de influencia y calidad.

Tercera, porque los encargados de hacer justicia están muy ocupados en perseguir á los obreros que escriben ó hablan ó defienden sus intereses en las huelgas.

Menos mal que no se procese á los obreros muertos ó heridos.

Pero ya que esto no sea posible, el Gobierno se ha tenido que contentar con echar la fuerza armada sobre los trabajadores que quisieron hacer una manifestación de duelo en honor de las víctimas.

No estaban contentos los gobernantes con los ochenta muertos y más de cien heridos que resultaron de la catástrofe, les parecieron pocos, é hicieron matar y herir á otros con motivo de la manifestación.

Como en Andalucía, como en todas partes donde los obreros son víctimas del hambre y de la avaricia burguesa, los gobernantes, en vez de prevenir ó remediar los males, los aumentan echando sobre las víctimas, siempre sobre las víctimas, la policía, la guardia civil, la infantería y la caballería.

Cuando un tirano cae bajo la justicia popular... Menos todavía, cuando un huelguista tira una pedrada se ensucian resmas de papel sellado y todo el rigor de las leyes parece poco.—Pero cuando la avaricia de una empresa burguesa ó la maldad de los gobernantes causan víctimas por centenares, entonces es segura la impunidad más completa.

Contra la dinamita burguesa y gubernamental no existen leyes.

¿Es que el pueblo no ha de acabar nunca de comprenderlo?

Barcelona

Continúa reinando el terror en la capital catalana.

Igual que en los días que precedieron al criminal proceso de Montjuich, se persigue, se registra y se encarcela sin motivo.

El pretexto es que «á la salida del mitin del hambre se tenía que robar y asesinar, proclamando la revolución social.»—Tan ridículo es esto, que no vale la pena de hablar de ello.

Sin embargo, por ello están presos diez y ocho trabajadores, que han publicado un manifiesto en los periódicos del que copiamos estos párrafos:

«Todavía subsiste en Barcelona el espíritu de sembrar complots por medio de terroristas imaginarios. Todavía quedan personas que desempeñaron papeles importantísimos en aquella trágica comedia (aluden á Montjuich) de tan triste recuerdo.

«Desde hace tres ó cuatro años vienen sucediéndose hechos por los cuales parece se persigue querer representar por segunda vez aquel inolvidable drama de Montjuich. «Ha sucedido la serie de petardos y se ha probado hasta la evidencia por la prensa que todo fué fraguado por un confidente de la policía judicial; se le llevó á la cárcel, la prensa lo publicó y quedó probado en el proceso, y hoy disfruta de libertad.

«También quedó probado que un Teniente de la guardia civil se dedicaba á fraguar complots y al cual se le probó lo de las bombas de Vallvidrera. Le procesaron y

»mediante fianza hoy disfruta de libertad.

»Lo del Palacio de Justicia y lo de la calle de Fernando duerme todavía en el misterio.

»En la cárcel estamos 18 trabajadores por un delito que no hemos cometido. No hemos cometido otro delito que ser conocidos por nuestras ideas anarquistas.

»Pues bien; á los presos por el famoso proceso de Bellas Artes se les procesa por sedición y rebelión, que es el principio de la comedia, y se nos niega toda clase de fianza. *El Liberal* de Barcelona habla de viajes misteriosos por el juez que entiende en esta causa.

»Nosotros los presos le decimos á España, á Barcelona, al mundo entero, que injustamente estamos en la cárcel y recordamos á todos los amantes de la justicia que por un hecho ya irremediable nos llamaron salvajes é inquisidores y podría volverse á repetir...»

Este documento lo firman los presos.
Que su voz sea oída en todo el mundo.

Extensión Universitaria

La conferencia sobre *Educación del sentimiento* que dió el sábado D. Gabriel Comas fué muy notable.

Dejamos de publicar el acostumbrado extracto, porque la conferencia se publicará entera dentro de pocos días.—Los que deseen adquirir ejemplares pueden avisar, cuanto antes mejor, á nuestra administración.

El domingo habló el señor Alorda, por iniciativa de la sociedad Unión de Obreros Agrícolas, ante un numeroso auditorio, compuesto en su mayor parte de campesinos.

Trató de la utilidad de los abonos químicos y de la manera de emplearlos para que den los resultados apetecidos.

También expuso la conveniencia de los campos de experimentación y encareció las ventajas de la asociación.

El Presidente de la sociedad, D. Bartolomé Pons Borrás, habló también, confirmando lo dicho por el conferenciante.

ECOS Y COMENTARIOS

Después del Emperador de Alemania, han venido á visitarnos los Reyes de Inglaterra.

El pueblo inconsciente ha vuelto á entusiasmarse.

Pero quien ha echado el resto han sido los católicos.

Eduardo VII, Rey de Inglaterra y jefe de la Iglesia Anglicana ha sido llevado á la iglesia parroquial de esta ciudad, se le ha obsequiado con música del órgano monumental y se le han tributado todos los honores correspondientes á su alta jerarquía.—Para los católicos sinceros, si alguno queda, Eduardo VII es un hereje, y no un hereje cualquiera, sino jefe supremo de una secta herética, descendiente de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra, enemigos de Dios, inspirados por el demonio, etc., etc.

Causa horror escuchar las maldiciones que lanzan los curas católicos contra los protestantes—horror y repugnancia. Pero ante un protestante poderoso, llámese Guillermo de Alemania ó Eduardo de Inglaterra, la orgullosa cerviz de nuestros sacerdotes se torna flexible hasta la bajeza.

Recuerden estos católicos, para su confusión, la fórmula del juramento que pronunció Eduardo VII, como todos sus heréticos antecesores, el día en que tomó posesión del trono de Enrique VIII.

En la Industrial Mahonesa los operarios se ganan la vida muy dificultosamente.

En cambio, se exponen á perderla con facilidad.

Cayóse hace pocos días un operario y tiene el cuerpo lleno de contusiones, de modo que no podrá volver al trabajo en mucho tiempo.

Esto es también dinamita burguesa.

Un soldado puso fin á su desgraciada vida en la Fortaleza de la Mola, disparándose un tiro en la cabeza.

De esto no se han ocupado los diarios locales. ¿Para qué? ¿No es morir el oficio del soldado?

Después de todo, igual es que se mate él mismo, cansado de una vida de sufrimientos, ó que le mate un enemigo desconocido en Cuba ó en la Mandchuria.

La vida de un pobre y menos si es soldado, vale muy poco en nuestra sociedad.

En San Luís no se celebró el mitin anunciado porque la gran mayoría de vecinos de aquel pueblo fueron el domingo por la tarde á ver á los Reyes de Inglaterra, nuestros ilustres huéspedes.

El pueblo es así, todavía.

Otro día será.

Nuestros queridos compañeros de *La Revista Blanca*, anuncian en su último número que introducirán amplias reformas en su publicación, cambiando el tamaño y doblando el número de páginas, esto es, dando 64 en vez de 32, abriendo secciones nuevas y publicando artículos ilustrados.

Para poder introducir tales reformas, anuncian una gran rebaja en el papel que tienen editado.

El poco espacio de que disponemos nos priva dar cuenta detallada de todas las reformas que piensan introducir. Otro día lo haremos.

PAPEL IMPRESO

El Boletín de la Escuela Moderna correspondiente al 31 de Marzo, publica los trabajos siguientes.

El Hombre y la Tierra (prefacio de la gran obra de Eliseo Reclus próxima á publicarse en francés y en español, editada, la edición española, por la Escuela Moderna).—*Entre salvajes*, por el Dr. R. Straurs.—*Higiene de la Mujer*, por el Dr. L. Bresselle.—*Una Escuela Libre*, por L. Marbin.—*A los soldados de todos los países*, por Octavio Mirbeau.—*Sobre los diluvios*, por N. Simón.—*La ayuda mútua entre las aves*, por H. de Parville.—*Conferencias de la Escuela Moderna*.

Administración: Bailén, 56.—Barcelona.

La Biblioteca de *El Productor* ha publicado un nuevo folleto, original de Leopoldo Bonafulla, con el título de *Generación Libre (Los errores del neo-malthusianismo)* que es una refutación á las teorías de los neo-malthusianos.

Precio del folleto: 10 céntimos. Los pedidos á la Administración de *El Productor*. Argüelles, 11, 1.º, 2.ª—Barcelona—Gracia, y á esta Administración.

!!!GOLFINES!!! novela sociológica original de Ubaldo Romero Quiñones. Precio 2 pesetas.

EL SOL Y LA LUNA. Notable estudio del gran astrónomo Camilo Flammarion, vertido al castellano por Eduardo E. García. Precio: 25 céntimos. Biblioteca de *La Irradiación*, Mayor, 50, pral. Madrid.

Hemos recibido también los cuadernos 24 y 25 de la interesante obra de Eugenio Sue, *Los Siete Pecados Capitales*, que edita el señor Tasso, de Barcelona.

El precio del cuaderno de 32 páginas y artística lámina es de 15 céntimos.

CORRESPONDENCIA

Barcelona.—«Juventud Libertaria». Recibida vuestra carta. Ya pediremos libros.

Denia.—J. P. V. Enviamos folletos de los que tenemos. Retratos no tenemos.

Inca.—M. E. y M. P. Servimos suscripción.

Alcaralejos.—M. M. Van folletos.

Aznalcóllar.—M. V. Servimos el medio paquete desde este número.